

VIRIATO.
HISTORIA COMPARTIDA, MITO DISPUTADO

VÍCTOR CHAMORRO

Directores

JOÃO AGUIAR

MAURICIO PASTOR MUÑOZ

Me proponen intervenir en un debate sobre “Viriato, historia compartida, mito disputado”, que organiza “Ágora: El debate peninsular”.

Me piden escriba una crónica de las jornadas.

Cavilo sobre el héroe olvidado, y el primer recuerdo me llega de la lejana escuela pública, recién abandonado el parvulario josefino, cuando el nuevo maestro me entregó una Enciclopedia de saberes universales y un libro de lecturas en el que la leyenda y la historia difuminaban sus fronteras, embrumando la raya de la realidad con las agregaciones que la tradición oral incorpora a la historia como recreaciones mitómanas. En aquel libro de lectura, una generación de niños de la posguerra trabajó conocimiento con un héroe dibujado a plumilla tosca que vestía una grosera piel de cabra y recogía su lanosa melena con una cinta. De un relajado cinturón de piel basta colgaba la honda de pastor, como un David redivido, y la mano diestra sujetaba una lanza de palo nudoso, seguramente de encina. La iconografía, a mitad de camino entre el dibujo romántico y el cómic, representaba al héroe sobre un risco, alejado del hedor de la civitas, buen salvaje roussoniano dotado de capacidad de sufrimiento, frugal, (sin los vicios de su suegro Astolfas), líder de desposeídos a los que imbuyó un sentimiento nacional para sacudirles el yugo de Roma.

La memoria abre sus gavetas y rescata el recuerdo de un maestro jesui-

ta que refería conjuras, guerras y hazañas antañonas como si hubiera participado en ellas. Aquel hombre enganchaba a la historia porque, más que explicar, arengaba. Pedagogía franquista que compensó la falta de medios con maestros de cabecera que convirtieron la historia en un sucedáneo - interesado- visible, oíble y tangible. Memoro aquellas concertaciones - batallas dialécticas- en las que la clase se dividía en dos grupos. Todos los alumnos apetecíamos ser cartagineses o lusitanos antes que romanos. Atraía más el romanticismo estepario que nimbaba las figuras de Aníbal y de Viriato que la gravedad institucional y lejana de cónsules y pretores. Así, de manera oral, se inculcaba una historia de buenos y malos al servicio de la ideología imperante. Cuando el maestro recitaba que Aníbal juró odio eterno a Roma, extrapolaba que el Caudillo hizo otro tanto con la Rusia culpable.

La cultura franquista -expone el profesor Rafael López Guzmán- maneja al héroe como icono ilustrador de textos educativos sin ninguna formulación estética “atendiendo a una popularización ridícula que crea tipos repetitivos y simplistas independientemente de sus significados”.

José Barbosa Machado dice que, en Portugal, la República impulsó la propagación de héroes patrios como ejemplos de virtud, coraje y libertad. Viriato fue el mito más codiciado. Pessoa escribe que de Viriato nace el alma portuguesa. Cuando a Portugal llega el fascismo, con Oliveira, la falta de producción literaria libre se compensa con propaganda política que politiza a los héroes.

El profesor Eloy Martos Núñez escribe: “Viriato... de obsoleto paladín patriótico del franquismo, hoy se nos ofrece con connotaciones y significados más ricos. Porque repensar y vivificar los mitos colectivos es la vía de construir una memoria común.”

CAMINO DE LA MÉRIDA PREROMANA. Con Viriato hurgando en mi memoria tomo el lentísimo talgo que me lleva a Mérida. Casi seis horas de viaje contemplando, con la anestesia de la duermevela, un campo sedado por el otoño. Rastrojeras. Castas vides machadianas recién cumplidas las vendimias.

Polvorientas encinas testigos de balidos y esquilones mesteños. Alcornoques despellejados como sebastianes. Eremiticos olivos. Campos sobrevolados por las últimas aves mediterráneas que se refugian en el relicario de cantiles y crestas, las piedras que también Viriato eligió como refugio, según cuenta la tradición oral. Se sucede un paisaje prehistórico, cielo y encinar, reserva intocada de un ecosistema mediterráneo de ardores atemperados por la influencia atlántica.

Observo otros envejecidos en montañas e imagino al inventor de la guerrilla que arenga a sus hombres, alzado sobre una canchallera:

-Huiremos del cuerpo a cuerpo. Fingiremos escapar y en un recodo del terreno nos volvemos. Movilidad. Maniobrabilidad. Caballería armada a la ligera. Cambiaremos audazmente los escenarios de los combates. Guerra de desgaste hasta que se aburran.

Cierro los ojos y por mi fantasía desfila el ejército que Roma envió a estas tierras al mando de Serviliano: diecinueve mil hombres y diez elefantes africanos de alzadas testas y agresivos colmillos, y a la memoria acude la explicación del maestro jesuita: la única manera de reducir a estos mastodontes la pusieron en prácticas los soldados de Viriato cuando en el fragor de la batalla se acercaban a las bestias para trepar a sus vientres, aferrándose a los cinchones que sostenían las torretas de los flecheros. Instalados ya en un andamiaje de sogas y jaeces herían con la flexible falcata donde la piel de la bestia no era tan coriácea, en la axila de la mano.

Haciendo memoria de Viriato, vislumbro Mérida, capital que fue de la Lusitania, lugar de nacimiento del héroe ciento cincuenta años antes de Cristo.

Roma apetecía de la península ibérica aceite, vino, tributos, esclavos y los legendarios caballos lusitanos que, según tradición, se reproducían sin acoplamiento de hembra y macho, merced al viento, favonio o céfiro. Plinio el Viejo escribe que “en Lusitania se preñaban de este modo, vueltos a céfiro del oeste”. Los potros salían rapidísimos para la carrera, pero su vida no sobrepasaba los tres años. Sorapán de Rieros, siglo XVI, hace extensiva, a Extremadura, esta manera de procrear a venados, jabalíes y averío: “sin ayuntamiento de macho y hembra, como ratones, sólo con la fuerza de la causa equinocia”.

A Roma le costó mucha sangre reducir a vetones y lusitanos, que luego integró en los circuitos comerciales del imperio. Proceso frenado por el odio tribal hacia el invasor. Así, en la Lusitania, coexistirán por mucho tiempo la cultura romana -cuya mejor metáfora es el municipio- y la tribal de clanes indígenas que no olvidarán los montes y cuya rebeldía residual Roma desactivará, poco a poco, con migajas de tierra que aseguren el arraigo de guerreros agotados por una guerra sin salida.

LUSITANIA Y VETONIA. Pero antes de la llegada de Roma y de la división de la península en Citerior y Ulterior ¿qué fueron la Lusitania y la Vetonia? El profesor Luís Agustín García Moreno reflexiona sobre este tema extremando la cautela porque camina por fronteras movedizas. Las fuentes que existen, de nombres y lugares, son útiles para el estudio de la sociedad greco-romana pero falibles para reconstruir a los pueblos pre-romanos. Duda el profesor de que el nombre Lusitano sea étnico, pues resulta difícil reinventar a un pueblo que habitó desde el norte del Tajo hasta los alrededores de la serranía de Ronda. Piensa que el nombre Lusitano tal vez fuese funcional y que designase a una banda o asociación guerrera. Tal tesis permitiría explicar la población de lusitanos en fronteras muy alejadas. Seguramente bandas guerreras trashumantes, y tal vez los romanos confundieran la palabra lusitano con un etnónimo, asociándole un territorio muy amplio.

Armando Coelho expone que a través de las fuentes de que disponemos se pueden localizar puntos geográficos, y que siguiendo al riguroso Estrabón es posible traducir los datos literarios sobre un mapa para intentar ubicar los puntos físicos, pero resulta imprescindible contrastar dichos datos con otras fuentes. Opina que a la Lusitania se le dio ese nombre en función de una de las diversas etnias que habitaban en la península. Expone que la mayor parte de los nombres que alimentan la historia de Viriato se encuentran hoy fuera de lo que es territorio portugués.

Entonces, estas cautelas nos acompañarán también para intentar reconstruir la Vetonia, territorio que dio nombre al pueblo que más contacto militar tuvo con el lusitano. Y embrión y gen más viejo del actual pueblo extremeño.

Al oeste de la meseta y hasta Tras-Os-Montes los vetones, coetáneos de los lusitanos, desarrollaron una poderosa industria metalúrgica que produjo armas bellamente decoradas. “Las armas nunca envejecen en manos de los vetones”, escribe Miguel Avilés. Colgaban sus poblados de los montes, mimetizándolos en un paisaje de breñas. Sobre cerros que oteaban llanadas. Castros con recintos murados y con oteaje para centinelas. Desarrollaron la cultura del berraco como elemento totémico. Son esculturas tan poco realistas que resulta difícil identificar al animal retratado. Los jabalíes reconocibles por un esbozo de colmillos y unos genitales abundantes, símbolos de fertilidad. Unos opinan que tales berracos representaban algún hecho de armas, otros que eran mojones o hitos que señalaban fronteras tribales o distancias de cañadas, cordeles o veredas por donde circuló la primera trashumancia de pueblos abocados, por falta de tierra, a la ganadería extensiva y nómada. Estos vetones, según Estrabón, eran pastores sobrios que desconocían el vino, se alimentaban de harina de bellota con la que cocían un pan que guardaban en corcheras, vestían ropas negras y sobre ellas un manto de lana para combatir el frío de la noche sobre un lecho de tierra o un puñado de paja. Como los lusitanos se dejaban crecer los cabellos, al modo femenino, ciñéndolos con una banda. Muchos vetones lucharon en los ejércitos de Púnico y de Viriato.

Los poblados lusitanos, muy parecidos a los de los celtas y vetones, eran utilizados como silos y refugio para familias y ganados. La organización social de este pueblo se sustentaba en una minoría privilegiada que concentraba en sus manos la mayor parte de las llanadas de hierbas jugosas. El desposeído contrataba sus servicios con el poderoso. Los más rebeldes a esta enmascarada esclavitud se dedicaban, por necesidad, al pillaje.

Lusitanos y vetones guardan el secreto del origen de la Literatura extremeña. Para algunos investigadores las primitivas manifestaciones literarias en esta tierra habría que buscarlas en las inscripciones de cazoletas halladas en arqueológicas citanias cacereñas. Para el profesor Cristóbal Cuevas es preciso indagar en la poesía popular de carácter épico -laudatorio que, según Apiano, entonaron los soldados de Viriato. Cantos épicos que ensalzarían las victorias frente a Roma. Pero antes de que Roma pisara tierras de Portugal y Extremadura, lo hizo Cartago.

Almilcar, en su necesidad de acceder a Italia, necesita conquistar España para utilizar la península como plataforma estratégica y leva de hombres. Los indígenas lusos y vetones venden cara su libertad. Diodoro escribe del caudillo lusitano Indortes:

“Asdrúbal le sacó los ojos, le atormentó y le crucificó”.

Será Aníbal quien consiga que lusitanos y vetones nutran su ejército como mercenarios.

MÉRIDA ROMANA. Piso tierra de Mérida recordando lo que de ella escribió Larra en su primera visita: no había una sola piedra que no hubiera formado parte de una habitación romana. En el muro de una choza podía encontrarse un fragmento de mármol. Zaguanes empedrados con lápidas y losas sepulcrales.

“Un labrador -escribe Larra- creyendo pisar la tierra, huella todos los días con sus rústicas suelas el aquí yace un procónsul, o la advocación de un Dios”.

Joyas romanas no encontraron mejor museo que una cuadra y se utilizaron de pesebres. A diario el azadón de un campesino tropezaba con las manos de un héroe, con una urna cineraria o un tesoro numismático.

El día es agradable e invita al paseo. Observo el río Ana, de “aguas pérfidamente mansas como la sonrisa de una mujer”, que dijo Larra. Sus orillas se adornan de adelfales. El río se desangra en charcos dejando atrás rosario de lagunas que fertilizan vegas en un paisaje machadiano de Tosco sayal de campesina. Antes de morir, en tierras portuguesas, prolonga su agonía y seda el paisaje con suaves meandros. El escritor Waldo Franz le retrata divagando hacia el sur sin un árbol, añorando las colinas de su juventud. Sumiso discurre por los grandes ojos del puente al que de vez en cuando daña con una crecida homicida. Hoy sigue impresionando la imperturbable solidez de sus sillares almohadillados.

Pienso que a un lado y a otro del Guadiana peleó Viriato.

Mérida se ha metamorfoseado de poblachón campesino a ciudad burocrática en la que el latido romano acompaña pausado, aunque en ocasiones

acelere su pulso: al doblar una esquina dos enormes columnas de capiteles corintios surgen de un foso, alzadas sobre las viviendas.

Mérida: la otra Roma, la Roma en miniatura, la Emula de Tarraco “ante la cual toda España humilla sus fauces” que dijo Ausonio. Y Garci Sánchez de Badajoz canta a Mérida “que en las Españas otro tiempo fuiste Roma”. Y abunda Larra: “Uno de los recuerdos más antiguos de España”.

Fundada como retiro y recreo de soldados con méritos en muchas campañas. Hoy es una cátedra peripatética de arqueología.

Camino por calles peatonales a las que ha regresado el lento trasiego pueblerino. La gente se distrae en un escaparate, se detiene en el centro de la calle para saludo o charloteo y realiza el rito social del aperitivo. Ciudad limpia y amistosa. Alcanzo la plaza y al divisar el hotel observo tráfago de policías con uniformes diferentes. Distingo a la policía municipal, a la nacional y a los antidisturbios, pero otros uniformes se me escapan. En recepción me informan que está a punto de llegar el Presidente de la República portuguesa para inaugurar el debate sobre Viriato e imponer la máxima condecoración lusa al Presidente Juan Carlos Rodríguez Ibarra.

Es la hora del almuerzo. Observo a un pequeño grupo que no da el perfil de gente de los negocios ni de turistas de elite ni de policías de paisano. Su actitud es calmada, de cierto distanciamiento recogido que emparenta con la intelectualidad. Pienso que son los del debate viriatino.

VIRIATO UNE A DOS PRESIDENTES. A las cinco de la tarde la magnífica sala de conferencias, que aprisiona mucha luz, totalmente llena, respira contenidos susurros de solemnidad. Una fila de banderas colorea el estrado sin conferir al ambiente sabor cuartelero alguno. Ocupan las cómodas butacas una mayoría de jóvenes en buscas de créditos y de algo más, porque en un gran silencio derrocharán respeto escuchando. La solemnidad se hace visible en la parafernalia de trípodes, cámaras de televisión, mesas para mezclas de sonidos, cables culebreando el suelo, bosques de micros, y jóvenes con cámaras al hombro deambulando por los pasillos. Entran en la sala, arropados por guardaespaldas, políticos, secretarios y jefes de protocolo, el Presidente de la

República lusa y el Presidente de la Autonomía extremeña. Con sus palabras van a darle alas a “Ágora debate peninsular” y conferir a Viriato una dimensión coaguladora: el viejo pueblo Lusitano y el viejo pueblo Vetón no se disputarán ya el mito sino que lo utilizarán como aglutinante de hechos diferenciales solidarios. El Presidente de la República lusa alaba iniciativas como Ágora que persiguen unas relaciones basadas en el diálogo, la confianza, el respeto y la colaboración.

Rodríguez Ibarra asegura que la presencia del Presidente portugués confirma que Ágora se ha consolidado como encuentro intermedio entre las relaciones institucionales y las que mantienen los ciudadanos de ambos lados de la “raya”.

“A esta región le va mucho en las relaciones con Portugal, porque nuestro hecho diferencial es precisamente su vecindad a las tierras portuguesas”.

Añade que desde Extremadura no se pretende borrar fronteras sino “eliminar sus efectos perversos, pero manteniendo las diferencias que se complementan y que nos enriquecen”. Alaba la trayectoria política y humana del dirigente portugués y trae el recuerdo aquella revolución de los claveles capaz de convencer a los españoles de que tal experiencia política podía ser asumida, ejemplo que aceleró la llegada de la democracia a España.

Se marchan los presidentes con sus séquitos y se inicia el debate sobre Viriato: mito disputado, mito compartido.

MITO MANIPULADO. El profesor João Osorio de Castro dice que, en el subconsciente colectivo, Viriato se identifica con orígenes y héroes, y que para Pessoa el mito contiene la verdad de lo oculto. Añade que el de Viriato no fue codificado sino que el propio pueblo lo transformó en leyenda, apoderándose de él. Así, siempre que el pueblo sufrió desgracias o soportó invasiones engrandeció el mito del Viriato libertador. Se pregunta el profesor por la insistencia de la humanidad en honrar a sus héroes, y él mismo responde que para, a través de ellos, sentirse identificada de la manera más digna posible.

El profesor Antonio de Macedo cuenta que cuando el gobierno totali-

tario portugués envió a Angola, en el año 1.961, una misión militar represora, la llamó Viriato. Aquel cuerpo de ejército pretendía liberar a la Angola colonial de las invasiones guerrilleras indígenas. Las perversas razones de la dictadura y del nacional-corporativismo no pudieron encontrar otro nombre más acorde.

Esta utilización interesada del mito resulta secuencial en la historia portuguesa. Desde el Renacimiento, a Viriato se le asocia con el espíritu luso y su nombre es utilizado como cohesionador del anhelo patrio cuando surgen amenazas exteriores. O desde dentro como legitimador de represiones y dictaduras.

Camões asocia las batallas en las que un pequeño ejército portugués venció a un enemigo superior con las victorias de Viriato frente a Roma.

Para el profesor Augusto Ferreira Do Amaral, Viriato es la voz del renacimiento nacional portugués, el embrión de la Patria, el primer símbolo de identidad y de diferenciación respecto al resto de pueblos peninsulares.

El profesor Sergio Franklin de Sousa Rodrigues explica que la tradición oral portuguesa colocó a Viriato en el pedestal de héroe mítico fundador de la nación. La historia portuguesa creció a la bruma del mito, en una niebla de saudade. Portugal nace de las cenizas del misterio cuando la Lusitania es restaurada.

José Barbosa Machado habla de Bras García Mascarañas que escribió “Viriato trágico”, epopeya en la que el autor identifica la resistencia de Viriato frente a Roma con la de los portugueses frente a los españoles en el reinado de Felipe IV.

Teófilo Braga disecciona el amor de Mascaraña por su tierra, entendiéndolo como un ideal de liberación de la patria. Morir por ella, como lo hizo Viriato, es resurgir incorporado a la memoria colectiva.

En el siglo XIX se volverá a utilizar el mito cuando las luchas de Portugal contra la Francia napoleónica. Madrazzo ha pintado en Roma un lienzo frío, de luz agria, que detiene el tiempo en el instante en que el héroe ha sido asesinado. Los personajes que le rodean no se comunican entre sí y componen un grupo de esculturas clásicas. El lienzo es una pintura de historia, a la manera de David, que se utilizara para avivar el sentimiento nacionalista contra Napoleón.

En Ousterio (Portugal) se alza una escultura del guerrero. Otra en la denominada Cava de Viriato de Viseu, encargo a Benlliure que esculpirá a un pastor joven, bello, fuerte, cuya fama “ninquen vira que dome”, en palabras de Camões.

A Franco le encantó la escultura. Piñero Torres arengó que encarnaba el sentimiento de independencia portugués: “Elegido, Viriato, por Dios para conductor de pueblos.”

MITO DISPUTADO. El profesor Armando Coelho busca raíces etimológicas, para el nombre de Viriato, en *virius*, *viranus*, *virones*. Viriato sería el que porta la “viria” ornamento distintivo de la jerarquía guerrera, y “tor” propondría de torque: garganta al cuello como símbolo de virilidad, pues los extremos del adorno concluían en gónadas.

El profesor Antonio de Macedo abunda en una disquisición etimológico-exotérica. El nombre puede provenir de “vir-viri”, varón, viril, o de “viria”: brazalete en forma de serpiente y “tor”: torque que significa enroscar. Asocia el mito de la serpiente al nombre de Viriato. La prudencia del ofidio, y su astucia, como virtudes de un gran estratega en la silente confrontación de la guerrilla.

El profesor Luis Agustín García Moreno se pregunta sobre el lugar del nacimiento de Viriato y expone que resolver este crucigrama depende de la valoración que se haga de las fuentes literarias en la que aparecen lusitanos del norte del Tajo y lusitanos del sur, cara al océano. Dice que algunas fuentes romanas le sitúan merodeando la Turdetania, por el valle del Guadalquivir, y que hay datos que señalan la sierra de Aracena, en la serraña de Huelva, como cuna del héroe.

El profesor João Osório de Castro suma setenta aldeas en España que reivindican el nacimiento de Viriato, por doce de Portugal.

El cronista oficial de Verín, Gerardo Dasairos Balsa, dice que Viriato se ha instalado en la imaginación popular como el fundador de la ciudad de Verín. Una calle de la urbe lleva su nombre y el escudo heráldico tiene un anagrama que reproduce la palabra “viria”. Apunta el cronista que la pala-

bra Verín podría ser el resultado aglutinante de “in verium natus”: En Verín nacido.

Francisco António Pessoa Da Silva Campos, Presidente de la Asamblea Municipal de Carregal do Sal, habla de una tradición en la que Viriato, en sus constantes desplazamientos por la sierra de la Beira, instalaba en ella sus cabañas de abrigo, y que el origen de la ciudad sería una de estas cabañas. El pueblo así lo reconoce y dignifica industrias, pastelerías y restaurantes con el nombre de Viriato.

José Barbosa Machado expone que diferentes autores españoles consideran a Viriato héroe nacional hispano. En la Crónica General tres capítulos se dedican a las guerras viriatinas. En ellos se recoge la traición de Galba, cómo se alzó el ladrón de Viriato, cómo se reveló Zamora contra los romanos y la traición de los hombres de Viriato. En dicha Crónica se reconoce a Viriato como español “natural de la tierra de Luceña”.

También Lope de Vega le dedica un poema al héroe en la Arcadia, comparándole con César y Anibal y ofreciéndole del pastor una visión ecuménica:

“Vi romanos a mis pies
para qué cuentas os doy,
pues basta decir que soy
español y portugués”

Lope de Vega nos hace un retrato mitologizado del héroe: hombre robusto que porta bastón de roble, viste pieles de manchados tigres, la cabeza de un tigre cubre la del pastor hasta la frente, es Hércules, es el héroe que tanto resentimiento provocó en Roma.

Cuando don Quijote conversa con el canónigo, éste le aconseja que en lugar de leer mentirosas novelas de caballería lea la historia de los grandes héroes de la antigüedad, uno de ellos Viriato. En el cerco de Numancia, Cervantes bautiza a uno de sus personajes con el nombre del mito.

En sus poemas Zorrilla también se refiere a Viriato.

Anselmo Arenas López escribe que Viriato no fue portugués sino celtíbero.

Agustín Gonzáles del Campo habla de Viriato “extremeño adalid de lusitanos”. Por la Vera, siguiéndose la versión de Berruezo, se dice que no se llamó Viriato sino Verato y que ha pasado a la historia con el nombre metamorfoseado.

En Coria apareció una lápida que sesudos eruditos atribuyeron al sepulcro de Viriato. En Santa Cruz de la Sierra, piedra con la inscripción del mito. En Guijo de Santa Bárbara, calle dedicada al pastor guerrillero. Las villas de Azuaga y de Cañaveral se han disputado el lugar de su muerte. Y tantos pueblos extremeños que, a falta de méritos mayores, dicen, al menos, “por aquí pasó”.

López Prudencio escribe que Viriato encarna el primer destello de conciencia patria:

“No invita a luchar para sacar ventajas de los romanos en favor de un determinado territorio. Él los recorre todos, hablando al sentimiento nacional que empieza a despertar al conjuro de su palabra”.

El profesor Mauricio Pastor Muñoz expone que Viriato ha sido desde siempre un personaje histórico disputado a un lado y a otro de la raya en un intento por apropiarse del mito como legitimador de anhelos nacionales. A lo largo de la historia portuguesa y extremeña se ha repetido el intento de fagotizar al héroe con fines reivindicativos, pedestres, de localismos, regionalismos o nacionalismos bastardos. El profesor Mauricio Pastor aclara que, cuando Viriato vivió, España no era España ni Portugal era Portugal, por lo que no se puede hacer de él un problema nacionalista o regionalista.

Y añade: “En mi opinión, poco importa el lugar concreto en que naciera, lo evidente es que Viriato no fue portugués ni español, sino lusitano, es decir natural de la provincia hispana que los romanos denominaron Lusitania y cuya delimitación precisa aun hoy resulta problemática”.

MONUMENTOS A UN LADO Y A OTRO DE LA RAYA. El profesor Rafael López Gúzman describe los monumentos erigidos a Viriato en aquellos lugares que se atribuyen su nacimiento. Es tradición oral, por tierras de Zamora, que Viriato nació en Sayago. El héroe es representado, en los muros del salón de

sesiones de la Diputación Zamorana, de la mano de Ramón Pedró que imaginó una estructura arquitectónica de sabor renacentista en cuyo medallón central del techo Viriato sostiene una lanza con ocho cintas rojas, otras tantas victorias sobre las legiones romanas. Ante Viriato se arrodilla un cónsul. El vencedor acepta la pleitesía del vencido.

También en Zamora un monumento de Eduardo Barrón que representa a Viriato oteando, encaramado sobre un peñasco.

Prosigue Rafael López desgranando la iconografía del héroe al que se le recuerda por aquellos lugares en los que asoló legiones. En el ayuntamiento de Sevilla un lienzo representa la muerte de Viriato. El pintor elige el instante en que el falso amigo se dispone a tajar el cuello de un hombre confiado al sueño. En Cádiz, Santiago González también elige como argumento de su cuadro el asesinato de Viriato.

Viriato reconocido como héroe portugués en el palacio de São Benito, sede de la República lusa.

FUENTES HISTÓRICAS. Pero ¿qué sabemos verdaderamente de Viriato? ¿En qué fuentes más cercanas bebió la oralidad para zurcir el mito?

Luis Agustín García Moreno expone que podemos bocetear a éste héroe de la periferia del mundo clásico gracias a retratos más novelescos que reales, argumentos para la recreación popular siempre dispuesta a participar en la leyenda con agregaciones locales, regionales y nacionalistas. Las fuentes son de autores que escribieron mucho tiempo después de que el héroe muriera y que, asimismo, utilizarían la imaginación popular más cercana al mito.

El profesor José María Blázquez enumera las fuentes principales de conocimientos de Viriato: Diódoro Sécuro y Apiano. El primero bebe en el gran enciclopedista de la antigüedad: Posidónio, estoico que visitó la península ibérica y que escribió una magna Historia Universal.

Diodoro Sécuro, dice el catedrático, nos retrata un Viriato novelesco y sitúa su nacimiento en la Lusitania que se moja en el mar. Escribe una historia dramatizante en la que ofrece valoraciones de carácter universal.

Viriato aparece como un rey cínico-estoico hecho a la vida montaraz, siempre vestido de armas y que mide su sueño por la necesidad. Razziaba fuera de su territorio, y Roma le reconoció como enemigo peligrosísimo. De no recurrir el Imperio al soborno y la traición es imprevisible imaginar el derrotero que habría tomado aquella guerra independentista.

Prosigue Sécuro narrando que Viriato fue guerrero de gran combatividad, sagacísimo en prever lo que convenía, amadísimo de sus soldados como ningún otro y generoso en el reparto del botín. Valía tanto que Lusitanos y Vetones no dudaron en arrostrar a su lado los más grandes peligros. Nunca fue vencido por voluptuosidad alguna.

El profesor Blázquez analiza la fuente de Apiano en la que se describe a un Viriato más pragmático, menos dramatizante, pero el historiador se esfuerza más en precisar lugares y tiempos, que debemos, otra vez, aceptar con cautela. Pondera Apiano las excepcionales dotes de mando del líder, pues aun debiendo de aglutinar a tribus muy heterogéneas, nunca conoció una sola sedición.

También Tito Livio escribe del héroe, calificándole de “grande” como hombre y como general.

Valerio Patérculo se refiere a la vergüenza que supuso para Roma su guerra con Viriato. En el héroe solo atisba el pequeño lunar de no haber unido a los pueblos lusitanos y celtíberos en una sola guerra que habría hecho temblar a Roma. Como Espartaco hizo.

Floro escribe que Viriato defendió la libertad de los suyos y que arrasó a hierro y fuego los poblados a un lado y a otro del Tajo y del Ebro. Así durante catorce años.

Entropio refiere que Viriato lanzó tanto pueblo a la guerra como para considerarle el libertador de España.

Orosio mitologiza la guerrilla.

Lucilio dedica una línea a Viriato para compararle con Aníbal.

El profesor Javier Burgalete insiste en que muchos de los datos que aportan las fuentes antiguas deben ser sometidos a duda, así como los añadidos para que el personaje de Viriato encaje en un modelo estereotipado. Y abunda en que aunque las fuentes tengan un viso de realidad debe el his-

torizador colegir que fueron leídas con distorsiones y tergiversaciones y que los errores se fueron acumulando y traspasando de unos eruditos a otros.

PREVIRIATOS. La lucha de Roma en España se centrará en reducir al pueblo lusitano y al vetón. Las hostilidades entre lusitanos y romanos se iniciaron en el año 194 a. de C. cuando los primeros abandonaron sus cuarteles en la sierra de la Estrella, cruzaron el Guadiana y llegaron a Turdetania para saquearla.

Antes de Viriato, ya Púnico había hecho enrojecer a las blancas togas senatoriales infligiendo severas derrotas a legiones invencibles en terreno llano. Después de salir airoso de riesgos inimaginables, Púnico muere de una pedrada casual. Pero lusitanos y vetones encuentran otro caudillo, Caísaros, que infligirá muchas bajas a las legiones. Las noticias que llegan a Roma asustan tanto que ni por elección ni por sorteo ni por dádivas se alistan soldados dispuestos a combatir en las guerras con lusitanos y vetones.

Consciente Galba de que la agresividad de estos pueblos tenía su raíz en la añoranza de tierra, hace pregonar:

“La pobreza de vuestros suelos y la indigencia en qué vivís os fuerzan a hacer estas cosas. Yo daré tierra buenas a los amigos necesitados y la distribuiré para su colonización sin tacañería”.

A la propuesta de Galba acuden lusitanos y vetones en número que se acerca a los treinta mil. Ilusionados y expectantes aceptan la propuesta de Galba que les ha encarecido entregar las armas como muestra de buena voluntad. Ya inermes son distribuidos en tres campamentos rodeados por legiones armadas hasta los dientes. Nueve mil soldados mueren degollados y casi veinte mil son vendidos como esclavos. El escándalo de semejante matanza llegó a Roma. Catón denunció a Galba en el Senado. Lucio, Tribuno de la plebe, consiguió arrancar una ley para que sean rescatados los vendidos como esclavos. Galba fue procesado. Con oro y plata de la Lusitania y la Vetonia compró la voluntad de los jueces que libraron al genocida de la pena capital. Pero durante el juicio, Galba no debió de ver muy clara la sentencia porque recurrió a todo tipo de tretas sensibleras que ablan-

darán a los magistrados. Hizo entrar en la sala de Audiencia a sus dos hijos pequeños y a un hijo adoptivo y encareció al pueblo que se ocupase de ellos si se le condenaba a muerte.

Algunos, muy pocos, lograron escapar del genocidio de Galba o de ser vendidos como esclavos. Viriato uno de ellos.

Apiano escribe que el mal uso de la fuerza que hizo Roma, de la mano de Galba y de Vitelio, condujo a rebeliones muy peligrosas para la estabilidad del Imperio.

Refiere que, cercados los lusitanos por el ejército de Roma, enviaron al enemigo una legación con ramos de olivos. A cambio de entregar las armas pedían a Vitelio tierras de asentamiento. El romano las promete, pero cuando el pacto va a formalizarse surge Viriato recordando a los lusitanos la traición de Galba.

TRADICIÓN ORAL. La cultura popular ha recreado a un buen salvaje entre breñas, alternativa a la denostada civilización occidental, pero Mauricio Pastor expone que actualmente casi todos los historiadores rechazan la tesis de un Viriato de montaña con su honda y su palo. Debió pertenecer a la elite guerrera de la sociedad lusitana y disponer de una panoplia con armas de hierro, troques y diademas bélicas bellamente labradas. Elite aristocrática a la que correspondían pesados arcos de guerra para que los soportase un caballo. Dirigentes de una soldadesca, a pie, con un armamento ligero a base de un escudo pequeño, sin abrazaderas ni asas, manejado por correas. Y como armas ofensivas, la falcata, jabalina, y lanza con el heridor de bronce. Se cuarteaba pues el tópicos de la piel de cabra, como feble coraza, y la honda bíblica.

El hecho de que Viriato se enamorase de la hija del terrateniente Astolfas -cipayo de Roma que a cambio de sumisión habría visto crecer sus fundos- abunda en que Viriato ni fue cabrero ni pastor de la trashumancia, sino alguien nacido en el seno de la clase social dominante. Es decisión suya desclasarse, hacía abajo, para ofrecerle su voz a los amordazados y erigirse en su líder militar. Ya en la boda, el futuro caudillo ofrece claves para interpre-

tar el desprecio de Viriato a su suegro, ostensible en el festín que siguió a la ceremonia nupcial. Durante el banquete Viriato mantiene con el suegro y anfitrión una gélida distancia. Astolfas ha sacado de viejos arcones vajillas de oro y plata y cálices para libar. Ha forrado con sedas las mesas del convite. Las alfombras amortiguan los pasos. Astolfas mismo viste ricos terciopelos y alhaja sus manos. Viriato, en pie, sin desprenderse de sus armas, apenas toma un bocado de carne y se marcha con su mujer. Suegro y yerno intuyen un futuro desenlace fatal entre dos personas unidas por una joven -hija y esposa- pero que representan dos maneras irreconciliables de encarar las relaciones con el invasor. Para Astolfas, Roma es la amiga poderosa a cuya sombra disfrutará el cipayo las tierras llanas y grasas que colmarán graneros, lagares y almazaras. Señor de encinares para cerdos belloteros, ovejas y vacas de leche y vientre. Las faldas de los montes, las breñas y picachos refugio de los excluidos en el nuevo reparto romano.

Julio Mangas Manjarrés escribe que amplios sectores de la población lusitana, marginados en el interior de sus propias comunidades, se vieron obligados a emigrar a las tierras más pobres de los montes para sobrevivir con la caza, el pastoreo y las incursiones de bandidaje.

Añade que los romanos no despojaron a los oligarcas indígenas de sus tierras para redistribuirlas entre los desposeídos: “El respeto romano a las oligarquías indígenas, sus aliadas naturales, impidió una solución profunda al problema de la falta de tierras”.

Mientras suegro y yerno guardan durante la boda unas formas gélidas, Viriato piensa que una futura revolución agraria tendrá ya doble frente: las legiones y las partidas cipayas que ayudaban a Roma a limpiar de rebeldes las tierras conquistadas. A Viriato le desean los rebeldes expulsados de las llanadas que, en otros tiempos, fueron tierras del común para soltar un hato de cerdos en la dehesa de todos, unas ovejas en el ejido comunitario, acceso al bosque sin dueño para apilar una carga de leña, carbonear, enlazar una liebre o cobrar una perdiz. El bosque comunal como último refugio a la pobreza. Recoger cardillos, criadillas, setas espárragos silvestres. Acercarse al río para pescar a mano unas truchas o a la gran laguna comunal para sacar tencas de sus fondos limosos.

Mientras llega el caudillo, los desterrados pastorean cabras, y se dedican al saqueo de ricas casas de labranza cuando ya se han alzado las eras y rebotan trojes y tinajas. Aguardan al líder que aúne y dirija, al guerrero que organice tanta fuerza dispersa y ciega, capaz de transformar a masas famélicas en un ejército con una mística liberadora.

El profesor Augusto Ferreira do Amaral expone que una interpretación de Viriato podría ser la voz de la necesidad económica y que la motivación de las guerras estaría en vivir del pillaje y de la razzia. Y apunta otra interpretación marxista cuyo argumento sería el enfrentamiento de dos modelos de producción: el que Viriato y sus hombres representaban y el modelo esclavista romano.

Eduardo Sánchez Moreno refiere que a partir de los años cuarenta y cincuenta se introduce en el estudio de Viriato un componente socioeconómico: las manifestaciones bélicas lusitanas serían la respuesta a unas condiciones de pobreza y desigualdad provocadas por la descomposición del sistema gentilicio: un grupo aristocrático dueño de grandes extensiones de las tierras mejores y el resto de la población a la que no le queda otro camino que el bandidaje y el robo de ganados.

HÉROE REEDISTRIBUTIVO. El profesor Eduardo Sánchez Moreno habla de los botines de guerra y del proceso de reparto de estas riquezas, encomiando a Viriato como metáfora histórica de líder limpio de codicia personal y pródigo en los repartos. Practicará una justicia distributiva que concede más botín al que más lo merezca por su arrojo, pero también tendrá en cuentas circunstancias de cargos familiares ecétera.

CENA INSTITUCIONAL. Acaban los debates de la primera jornada. Caída la noche se celebra un acto institucional en una sala de banderas adolescentes. Rodríguez Ibarra recibe de manos del Presidente de la República portuguesa la máxima condecoración de su país: La Gran Cruz del Infante don Enrique. El presidente Luso dice:

“Compartimos la península y vivimos en ella. Es un absurdo colosal histórico que no nos conociéramos. Ha habido un espantoso desconocimiento de los pueblos peninsulares, pero eso se acabó”.

“La frontera es ahora un factor de estímulo y desarrollo”.

Contesta Juan Carlos Rodríguez Ibarra que Extremadura aspira a convertirse en el intermediario español con el centro y el sur del país vecino.

Se encuentran frente a frente dos viejos rebeldes. El luso con cierto aire a profesor de Oxford. El extremeño con su barba entre patriarcal y arriscada. Dos luchadores contra “la Pide” y “la Social”, convertidos en estadistas refractarios a disputarse mitos excluyentes, decididos a compartir la historia común sin necesidad de borrar rayas y fronteras. Cara a cara los representantes de dos pueblos que, desde la llegada de Roma a la península, supieron unirse, intercambiar fronteras, y concederse servidumbres de pasos para empresas militares. Fue siglos más tarde cuando otros hombres nacionalizaron fronteras subrayaron hechos diferenciales y se disputaron el héroe.

El profesor Eloy Martos escribe:

“Extremadura hace bien en -al margen de fronteras políticas y lingüísticas- profundizar en sus innumerables vínculos con Portugal, pues la herencia cultural no debe sólo estar en los museos ni al alcance exclusivo de los eruditos”.

Se celebra una cena en la que las redondas mesas de los invitados reciben nombre de la flora mediterránea: retama, roble, encina, alcornoque, jara etc. Se echa de menos, entre tanta delicadeza culinaria, un platito de migas y otro de caldereta como recuerdo a lusitanos y vetones restauradores de la más vieja cocina portuguesa-extremeña.

EL AULA SALE DE TEATRO. Amanece un día otoñal de sol con poca lumbre que entibia una mañana sin viento, propicia para el paseo. Evocador si es por las ruinas romanas más señeras. Una joven cicerone refiere a los congresistas que el teatro de Mérida, regalo de Agrippa a la ciudad, es uno de los mayores del Imperio. Fue construido, en una hondonada, con piedra extra-

ída por los aledaños de la presa Proserpina. El mármol de fustes y columnas se sacó de las calizas de Araya.

Roma primero venció la resistencia de lusitanos y vetones para después sacar a estos pueblos del cercano cuaternario y conducirles a la modernidad: arado de hierro, medicina del romano Aurelio Celso, calzadas, presas, basílicas, y un impresionante teatro cuyo abandono cantó Nebrija. Los sillares de las gradas fueron arrancados para restaurar el deterioro del puente. La incuria hizo desaparecer el teatro bajo escombros. Como un Guadiana salió a la luz tras cuidadosas excavaciones.

Gente de toda España, y de fuera de España, acude a la veraniega llamada de Esquilo, de Sofocles, a la de Edipo y Agamenón que, desde estas piedras, nos transmiten su intacta capacidad de asombro, su manera de descifrar el mundo, los reiterativos porqués de Sócrates, la Mayeútica, el descenso al abismo del hombre, a esas estancias silentes en las que el ser humano se reformula las preguntas de siempre sobre su fragilidad, su fugacidad, su provisionalidad, su inútil resistencia al fatum. Todos los veranos el pueblo emeritense se somete a una ardiente catarsis que le retrotrae en el tiempo con la magia de estas piedras de telúricas enseñanzas. Fascina del teatro de Mérida el silencio sinfónico de su público, parte de él en una instalación incómoda. Silencio litúrgico sin mácula de tos, susurro o conversación velada, aun cuando los textos sean oscuros, dilatados o en otro idioma. Silencio ritual, conscientes los emeritenses de que con tan ascética disciplina sirven al prestigio cultural de su ciudad, en verano cosmopolita.

Del teatro y anfiteatro, los congresistas acuden al museo romano, obra del arquitecto Moneo que juega con el ladrillo y la luz para provocar una atmósfera dorada de tiempo sin dueño. Luz casi corpórea, tangible, que apresa el tiempo fugitivo y lo retrotrae a la memoria de Roma presente en gigantescos mosaicos, los más grandes que ver se puedan, en frisos, capiteles, arcones funerarios, grupos escultóricos, bustos, candelas, adminículos de medicina, joyas... Todo en una sabia distribución de espacios y volúmenes en los que la luz dorada, hecha también memoria, se instala y señorea. Habla a los congresistas la conservadora del museo, Trinidad Nogales Barrasate, que también participa en el debate de Viriato. Explica con dispendio de

saberes y un metal de voz cálido y familiar, ni pedantesco ni burocrático, y regala sin esfuerzo su blanca sonrisa de Boticelli.

Montaña, acarrea a los congresistas, mira el reloj, encarece un paso más vivo, casi militar, sólo quedan cinco minutos para que se inicien los debates de la mañana. Caminando a su lado hablo del esfuerzo que supone organizar unas jornadas de tanta envergadura. Me responde que no lo sé yo bien. Le digo que debajo de tanta organización hay mucha carpintería. Ignacio Sánchez Amor, confundido entre el público, otea el salón con aparente calma, pero con la tensión del que quiere que todo se desarrolle con la precisión de una máquina relojera.

Nuevos oradores. Los jóvenes estudiantes se afanan en tomar apuntes. Cuando hablan intelectuales portugueses utilizan auriculares de traducción. Después de la ponencia y de las comunicaciones se abre un coloquio en el que la participación del público es pobre. Seguramente oprimido por el miedo escénico del que nos habla Gabriel García Márquez.

TÓPICO DE BANDOLERO Y DE GUERRILLERO. Los jóvenes emeritenses escuchan los avatares de otros jóvenes lusitanos que, apurados de recursos, y destacados por su fuerza, se reunían en bandas para recorrer Iberia acaparando riquezas. Diodoro de Sicilia refiere que Viriato “rápidamente reunió a su alrededor a un ejército de bandoleros” para exigir tributo a los ricos hacendados y saquear a los que se resistiesen. Actuaba Viriato “con el más completo desprecio a todo”. A Viriato se le tachará de ladrón en la Crónica General: “Viriato aquel ladrón...” “De cómo se levantó el ladrón de Viriato”... “Fuera primeramente pastor, e después ayuntó muy grand gente e començo a hacer mal... por las tierras, robándolas e destruyéndolas todas”. Floro habla de un Viriato que de cazador se hizo ladrón y de ladrón llegó a general. Azedo escribe que “juntó gente de la que andaba bandida por el mundo que era mucha, y por catorce años con esta gente, y con los demás que se le juntaba, hizo guerra a los romanos, formando un escuadrón que fue terror de Roma.” El romano Floro desmontara el tópico apodándole el Rómulo lusitano.

Miguel Avilés escribe:

“Conocidos son los problemas sociales que minaban la precaria salud de los pueblos de la península, en especial los celtíberos, los vetones y los lusitanos... Obligaban a amplios sectores de la población a mantenerse mediante un género de vida que puede calificarse justamente de bandolerismo”.

Y Julio Mangas Manjarrés dice que el bandolerismo de los lusitanos era visto por los romanos como actividad de ladrones, cuando sus raíces estaban en la indigencia más absoluta: “La falta de tierras y los marcados desequilibrios sociales fueron la causa del bandolerismo”.

Viriato no fue un bandolero sino un aristócrata luso que unió a todos los desposeídos, abocados al pillaje, e hizo de ellos un ejército disciplinado. El tópico de jefe de bandidos, otra vez se cuartea. Viriato coaguló a masas heterogéneas en las que había cazadores, pastores y bandidos y las imbuyó una disciplina para luchar por la libertad. Los actos de pillaje no fueron fines en sí mismo sino requisas de guerra, costumbres de botín que se efectuaba después de la victoria. El verdadero objetivo de Viriato fue reconquistar tierras arrebatadas por el Imperio en las que sus soldados cambiarían la azada por la espada, la durísima vida nómada por las comodidades del sedentarismo.

Como Espartaco, entrañó en la memoria colectiva porque su lucha no estuvo manchada por patológicas ansias de riquezas o poder sino a instancias de esos medulares gritos solidarios, aun sin apoyatura ideológica, que surgen en la edad Antigua para reivindicar, en tiempos de esclavitud legalizada, la condición de seres humanos de los excluidos. Cristo vendrá después. Esta empatía biográfica del héroe es hurtada en la tradición oral que nos ofrece una sola cara de un líder que se distingue por su personalidad poliédrica. La tradición oral fabricó al asilvestrado pastor de la primera guerrilla de la que existe memoria, pero sin explicar la contradicción que suponía guerrear por casi toda la península sin la cobertura de un poderoso ejército profesional y disciplinado. La leyenda nos vende que un ejército de formación geométrica, dirigido por famosos escipiones y auxiliado con la más moderna tecnología militar del momento hace aguas persiguiendo a grupos desarraigados que aparecían y desaparecían para emboscadas silentes, sin otros pertrechos que una heroicidad al servicio del pillaje. Durante siglos se

orilló la raíz del levantamiento de Viriato, se construye un héroe simple, individualista y esteparario que no supusiera en el futuro fermento pernicioso en estas tierras sin tierra para braceros, jornaleros, pastores y gañanes nacidos carne de inanición o de emigración. En tiempos de aventuras a Indias se decía: “Extremadura: tierra estrecha”. Y se decía: “Nacer en Cáceres y morir en cualquier parte”.

La tradición oral recrea a un conductor de desarrapados, podándole cualquier connotación de líder revolucionario con un discurso político y una estrategia. Se solapa que en la Edad Antigua emprendió por tierras, hoy de Portugal y de Extremadura, una formidable revolución agraria que afectó a los cimientos del Imperio más poderoso de la tierra, capaz de acudir a la traición por su incapacidad para frenar aquella lava revolucionaria que pretendía destruir los registros de la nueva propiedad colonial y retrotraer a los pueblos indígenas expoliados a la época de las jugosas llanadas del común. Se oscurece que el pueblo lusitano compuso con su líder una trama tal que el uno fue trasunto del otro. Se magnifica al individuo carismático y guerrillero compulsivo en demérito del estadista con un concienzudo programa liberador que cumplido, paso a paso, provocó la traición de un Imperio sin recursos para acallar aquel grito libertario. Se hurta que el líder transformó a los desposeídos en fantásticos guerreros sometidos a una férrea disciplina que sólo aceptan los que no son mercenarios. Queda pues desmontado el tópico del raziador, del ladrón, del bandido, del bíblico pastor, y surge el estadista, el político y el diplomático. El Sistema mutiló al héroe y manipuló a la tradición oral, encauzándola, para fabricar un estereotipo simple que no pudiera ser mal utilizado, en el futuro, como fermento revolucionario.

Pero la tradición oral se repone, a la larga, de manipulaciones interesadas y sigue ofreciendo una fuente de conocimiento que no enemista con el académico y sí lo complementa. El profesor Eloy Martos escribe:

“Lo que quiero subrayar aquí es cómo el “imaginario popular” es algo más que una colección de historias fantásticas o de tradiciones pintorescas, y que la armadura de estas narraciones legendarias es tan importante que conforma banderas y orígenes”.

MUERE VIRIATO. Viriato llegó a ser tan incómodo a Roma que ésta le ofrecerá la paz, e incluso le aceptará como rey, asociado al Imperio, de un extenso territorio. Pero en el Senado se alzan voces exigiendo medida en las promesas, porque de cumplirlas muchos de los pueblos ya pacificados de la Iberia se volverían intratables comprobando que la resistencia lusitana había logrado sus fines. Preclaros romanos exponen que pactar con Viriato supondría una infección capaz de contagiar al resto de pueblos ibéricos. Se piden medidas urgentes y drásticas para que tribus, ya en paz, no regresen a la guerra. Miguel Avilés escribe: “Las correrías de los lusitanos por la provincia ulterior adquieren especial intensidad en el año 155 antes de Cristo, fecha en que numerosos grupos de lusitanos y vetones, aliados, cayeron sobre el valle del Guadalquivir. Ante los éxitos de los lusitanos, los celtíberos comenzaron a levantarse”.

El Imperio pensó que con la muerte del hombre que sostenía aquella resistencia llegaría la romanización a los últimos pueblos rebeldes. Se acude al soborno de los hombres en quien Viriato más confiaba. En el extracto de Floro se lee que Viriato fue asesinado por unos traidores a instancia de Servilio Cepión, “y aquel hombre y general insigne que peleó durante catorce años con los romanos, casi siempre ventajosamente, fue llorado con amargura y enterrado con grandes honores por su ejército”.

Floro ya habla de un general, no de un pastor. De un ejército, no de una guerrilla. También lo hace en estos términos Apiano, refiriéndose a los funerales:

“Y así quemaron en una pira muy alta el cuerpo de Viriato envuelto en magníficos vestidos y después de sacrificar muchas víctimas, tantos los soldados de a pie como los de a caballo, armados, maniobran por compañías en un círculo, tributando a la usanza bárbara las alabanzas de Viriato; y no se apartaron de la hoguera mientras el fuego no se extinguió por completo... Tanto dolor dejó Viriato, varón insigne entre los primeros por sus condiciones de general”.

Lusitanos y vetones encontrarán un nuevo líder, Sertorio, que sueña en el regreso a Roma no como proscrito sino como aspirante al poder. Otra

vez se recurre a la traición y Sertorio morirá en el transcurso de un banquete. El Imperio, al fin, acepta que la solución a los problemas que plantean lusitanos y vetones no se encuentra en la fuerza. Graco ideó la paz repartiendo entre los desposeídos algunas tierras que satisficieran sus reivindicaciones más elementales y que les hicieran sedentarios. Multitud de tribus y flecos de ejércitos firmaron entonces tratados de amistad y de alianzas. Cansados de lucha sustituyeron las armas por la azada a cambio de unas migajas de tierra. La revolución agraria de Viriato se malogró en sucedáneo de reforma agraria diluida. Durante siglos se aposentará en pagos portugueses y extremeños una bucólica paz horaciana acompañada de balidos de ovejas y esquilonos de mesta. Desactivada la revolución agraria se perpetuará la institución del latifundio y el absentista, del temporero que descansa cuando las siembras están orientadas, del arrendador y el subarrendador, del fiel encargado, del minifundista que apenas sobrevive y que entrega al poderoso su minúscula parcela a cambio de patrocinio, la del peón, bracero y jornalero, la del parado, mendigo, bandolero y contrabandista.

DEBATE VIRIATINO CUMPLIDO. Dos días hablando de Viriato como de algo lejano y cercano, intentando seguir las directrices del Mauricio Pastor y João Aguiar, directores del curso:

“Viriato es uno de los grandes personajes históricos en los que resulta difícil separar el punto donde comienza la leyenda y donde termina la historia. Es un héroe compartido entre España y Portugal de cuya historia ambas tratan de apropiarse. Sabemos que vivió en Lusitania a mediados del siglo II a. C. pero ignoramos la fecha y lugar exacto de su nacimiento y qué mejor lugar que Mérida, antigua capital de Lusitania, para que destacados eruditos y especialistas en el tema, de España y Portugal, se reúnan a debatir en torno al personaje de Viriato y su controvertida figura desde un punto de vista histórico, mitológico, artístico y literario aportando sus diferentes puntos de vista. Se analizan también las tradiciones que ambos países han conservado sobre Viriato y su leyenda con el objetivo de aunar esfuerzos por llegar a resultados comunes sobre la historia de este mito de la Hispania antigua”.

Durante dos jornadas los congresistas de Portugal y de España han fraternizado en el mismo afán de acicalar a Viriato desempolvando al héroe y a su entorno. Mitos sin cimientos se han cuarteado, el sepia ha recibido un baño de clorofila, se le ha quitado al pastor su peto de piel de cabra y se le ha colocado coraza labrada, propia de guerrero aristocrático. Se han desmigajado tópicos que “cada Poder” sembró y regó con el mimo que se trata a una flor de invernadero. Se ha guardado en el arcón de los falsos recuerdos el estandarte del héroe utilizado por unos y otros en sus particulares banderías.

Viriato no como mito disputado sino compartido, estadista que supo coagular a Lusitanos y Vetones en una empresa que transcendía fronteras, etnias y modos de vida. Viriato no como cuña en la “raya” sino como cemento que no la borra, la suelda. ❖